

ta el Dios, y este carácter de Dios rebajado hasta el hombre (¡y qué hombre, según veremos!) forman sin duda una monstruosidad que ni es Dios ni hombre, y que hace resaltar la verdad, la belleza armónica de Jesucristo, tan perfectamente Dios y hombre á un tiempo mismo. Pero no hace más que probar mayormente la imposibilidad de desprenderse de esta divinidad; puesto que no se la puede destronar en el HOMBRE DIOS, sin erigirla en un puro hombre, y según veremos, en el más vil de los hombres.

Ahora bien, es incontestable que el Jesús de M. Renan tiene implícitamente la divinidad.

Nosotros tenemos, en efecto, un criterio infalible para distinguir al hombre de Dios: tal es lo absoluto, tal es lo *inacontecible*. El hombre es como toda criatura y más que toda otra criatura, un ser esencialmente relativo; capaz de perfección en el punto más elevado, salvo lo absoluto. La humanidad puede siempre superarse á sí misma. Decir que un hombre no podrá ser superado jamás, es decir simplemente que este hombre es Dios. Dios es sinónimo de absoluto.

Sobre esta verdad desarrollada en nuestros *Estudios* (1), hemos fundado hace veinte años la demostración de la divinidad de Jesucristo. Esto es en nuestro juicio, una de nuestras más grandes pruebas. Invitamos, pues, al lector á que la vea en su lugar y en toda su aplicación á Jesucristo. Trasladarla aquí sería ocupar un sitio que preferimos dedicar á nuestros adversarios.

Primeramente, M. Renan, que no advierte sus consecuencias, dice y repite, según hemos visto, en todos los tonos y con un lujo de expresiones que hemos subrayado, que Jesús no tiene igual en la humanidad entera, y agota, respecto á él, el vocabulario de lo superlativo y de lo absoluto; no metafóricamente, sino á la letra; de tal manera, que no solo respecto de la humanidad, sino también respecto de otros planetas que tengan habitantes dotados de razón y de moralidad, dice, no puede ser su religión diferente de la que proclamó Jesús junto al pozo de Jacob.

Ahora se encargan M. Havet, M. Sainte-Beuve y M. Larroque de hacer resaltar la consecuencia lógica é inevitable de esta verdad.

M. Havet:—“M. Renan es á mi juicio, sobrado complaciente con la leyenda sagrada, y acepta con demasiada facilidad, bajo el nombre de Jesús, á un Jesús imaginario, más grande y más puro que podría serlo nada humano (2). M. de Sacy ha dicho: “Si no es Dios Jesucristo en la obra de M. Renan, es aun el Hijo de Dios; á la verdad no sé bastante por qué ni cómo.” “Hé aquí este por qué y este cómo, si no me engaño. Si es Jesús en esta obra un hombre especial, *semi-Dios é Hijo de Dios*, un hombre de colosales proporciones, si se halla colocado en la cumbre más elevada

(1) Tomo IV, cap. II. *La persona de Jesucristo*, p. 37 á la 43 de la edición 17.

(2) M. Havet es injusto en esta censura, por juzgar á M. Renan según su modo de pensar. No todo el mundo tiene sus exenciones, y M. Havet ignora las graves razones que no permitían á M. Renan usar otro lenguaje.

de la grandeza humana, si se ha condensado en él todo lo mejor y más elevado de nuestra naturaleza, si finalmente declara el autor, que no será superado Jesús y que proclamarán todos los siglos que no ha nacido entre los hijos de los hombres otro más grande que Jesús, todo esto, á mi juicio, puede traducirse así: Jesús es el único hombre histórico que no tenga historia. Nosotros percibimos la persona real en los demás; en él solo alcanzamos á ver el personaje ideal.... Por mi parte no puedo, pues, creer que pueda existir nunca en la historia un hombre desproporcionado á los demás hombres. Yo no creo tampoco, que pueda llamarse á hombre alguno el más grande de los hombres, porque esto es sobrado difícil de graduar y apenas existe superioridad absoluta (1).”

Luego si es Jesús tal hombre, no es solamente un hombre (2). M. Sainte-Beuve, por su parte, refiere estas palabras de un puro *exéptico*, sobre el Jesús de M. Renan:—No, “No puedo explicarme que un hombre tal como me pinta el autor á Jesús, pueda ser tan divino, sin ser Dios, al menos en gran parte (3). En cuanto á mí, solo conozco á los hombres como los conocieron Horacio y todos los moralistas. El mejor es el que tiene menos faltas y vicios: jamás he visto otros de otra estofa. M. Re-

(1) *Revista de Ambos Mundos*, de 1.º de Agosto de 1863, p. 590 y 592.

(2) Añade también M. Havet, que semejante Jesús no sería objeto de su veneración y de su amor, porque no sería accesible é imitable. A esto he contestado en los pasajes de mis estudios indicados arriba: “La propiedad de la sabiduría de Jesucristo procede de sí misma, es decir, que es *increada*. Pero lo que la distingue también esencialmente, es que es creadora. ¡Cosa prodigiosa y que solo es puramente divina! Esta sabiduría incomparable que nadie ha podido ni podrá jamás igualar, es al propio tiempo la más imitable, y la que más discípulos ha formado. Todos los demás sabios no lograron influir, como dice Voltaire, en las costumbres de la calle de en que vivían, y Jesucristo ha influido sobre el mundo entero, y todo se ha reformado á su imagen, y ha llegado á ser cristiano.... El es quien ha hecho más imitadores y el único que ha permanecido superior á todos sus imitadores. Nuevo carácter de su Divinidad. Porque es achaque de las influencias humanas sepultarse en su triunfo, esto es, producir efectos que las aventaja y superan. El discípulo hace olvidar al maestro, y cuanto más sucesores se da este, más rivales se prepara; y esto es fácil de concebir, puesto que solo dispone de una fuerza común á todos, y de la cual él es un motor accidental. Solo Jesucristo domina para siempre su propia obra, y qué obra!.... En Jesucristo el hombre no desaparece jamás, y la naturaleza goza de todos sus derechos; pero al propio tiempo se ostentan en él las virtudes sin debilidad, sin mancha.... En él, tanto el hombre como el Dios se presentan con toda su integridad, y la perfecta armonía de estos dos estados, es lo que produce la maravilla de el HOMBRE-DIOS. Esto es precisamente lo que en él nos seduce y encanta, lo que nos alienta á imitarle, lo que hace que el modelo más acabado sea al mismo tiempo el que menos desespera. Podemos quejarnos y llorar con Jesucristo; podemos evitar los sufrimientos, honrar á los pecadores, amar todo lo que es amable.... y con esto, ó más bien por esto mismo, nos convida, nos llama, nos hace subir con él á la cumbre de las más eminentes virtudes, de los más costosos sacrificios, hasta á la cruz.”

(3) En gran parte justamente, puesto que en Jesucristo hay la parte humana, como en nosotros hay la parte animal.



«nan nos presenta un hombre cual no lo hubo jamás y superior á la humanidad; un hombre modelo, tipo. Por lo cual no sé ya qué pensar de él. «Para esto, no valia la pena de cambiarle el nombre.... (1)»

Finalmente, M. Larroque dice:—«En las criticas que han hecho de su libro los diversos adversarios cristianos del autor, han recogido estas palabras con regocijo, y se han valido de ellas para atacarle con todo rigor. En efecto, desde luego se ocurría este simple raciocinio:—«El establecimiento de la *religion absoluta*, es decir, la sola religion perfectamente verdadera, no podria verificarse por un simple mortal, aunque fuera *incomparable* ó sin par; eran necesarias para tan grande obra la ciencia y el poder de Dios. Si; como decis tan perfectamente, hizo esto Jesus, deducimos de vuestra confesion y contra vos mismo, que Jesus era Dios.»—«Lo que podria oponerse á este raciocinio permanente, firme en los principios, no es para nosotros dudable (2); pero no vemos lo que pueda contestar M. Renan. Ha caido en sus propias redes; y como nosotros no hemos caido ni se nos ha cogido en parte alguna con él, no nos incumbe sacarle de ellas (3).»

Véase, pues, que no son generosos estos señores. M. Renan se ha comprometido por la causa comun, y ellos le dejan en sus propias redes, por no corresponderles sacarle de ellas. Pero se hacen ilusiones, porque ellos tambien han sido cogidos y con ellos la incredulidad.

M. Renan ha sentado el principio sin calcular la fuerza de las consecuencias; sus consortes han sacado las consecuencias, sin calcular la fuerza del principio, concurriendo todos de esta suerte á la desgracia comun.

El principio, en efecto, es tan sólido que las consecuencias son exactas. No es M. Renan, sino la *conciencia universal*, como él dice muy bien, quien ha, no ya decretado ó tributado, sino confesado y ratificado á JESUCRISTO el titulo de *Hijo de Dios*, y San Pedro era el órgano profético de esto, cuando exclamaba, prosternándose á los piés del Hijo de María. ¡*Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo!* «A esta conciencia apelamos nosotros mismos en nuestros *Estudios* para justificar el carácter absoluto de grandeza y de perfeccion que consignábamos haber en JESUCRISTO.» «Es tan exacto cuanto acabamos de decir, que no tenemos reparo en apelar de ello al sentido moral de cada uno de nuestros lectores, y en creer que no se nos tachará de exageracion. «Tambien este es otro rasgo de la sobrenatural perfeccion de Jesuscristo que debemos admirar, y es tan positiva y real, que todo el mundo la siente y no hay necesidad de que la justifiquemos. En su panegirico no cabe exageracion. ¿Dónde hay un hombre á quien pudiera aplicarse lo que acabamos de decir de JESUCRISTO? La verdad y el amor propio se resentirian justamente de semejante pretension, á mas de que no hay nada en la tierra cuyas alabanzas no exijan alguna restriccion. Únicamente para elogiar á

(1) *Constitucional* del 7 de Setiembre de 1863.

(2) Ni para nosotros, porque M. Larroque, no sabría dar mejor contestacion á esto que M. Renan.

(3) *Opinion de los deistas racionalistas sobre LA VIDA DE JESUS, segun M. Renan*, p. 17.

«JESUCRISTO se agotan todas las palabras; solo en él se halla autorizada la alabanza hasta la adoracion. La palabra *divino*, figurada é hiperbólica en cualquier otro sentido, se convierte, aplicada á él, en propia y exacta: á nadie choca, ni aun á los mismos incrédulos, y la humanidad la consiente sin orgullo y sin envidia, porque vé que el que de ella es objeto, no le pertenece. Creemos ser con esto verdaderos intérpretes del sentimiento universal que nos proporciona una palpable confirmacion de la verdad de nuestra fé (1)»

La conciencia universal es, pues, la que proclama en JESUCRISTO y en su obra lo absoluto de la perfeccion. Hé aquí la red en que ha caido M. Renan. Podia haberla evitado; pero entonces no hubiera tenido á favor suyo esta conciencia, y como él queria extraviarla, le era preciso atraérsela y apoderarse de ella de algun modo. ¡Culpa suya es haber sido cogido él mismo por ella!

M. Scherer es de nuestra opinion: «El cristianismo, dice, con la revolucion que él consumó y con la civilizacion que produjo, debe su origen á la impresion que dejó en la conciencia de la humanidad una personalidad incomparable. Jesus se ofreció al mundo en la puerza de su carácter moral; hé aquí su obra.... Y mostró en su persona todo lo que puede aparecer de la divinidad en la tierra.... La humanidad ha visto levantarse en él un nuevo ideal y comenzar para ella una vida mejor y divina.... —Tal es la profundidad y la pureza de sentimiento que expresan sus palabras, que llegan á ser para el *Hombre* una gran revolucion; lánzase ante él los corazones, y por todas partes es acogido como el *Salvador del alma humana*....—Y no se imagine que aquí sea el efecto mas grande que la causa; todo lo contrario, etc., etc.—M. Renan ha comprendido todo esto admirablemente (2).»

Pero M. Renan tiene otro fiador, en quien seguramente no se sospechará esa complacencia por la leyenda, que le censura M. Havet. Este es Strauss. Hé aquí, en efecto, la conclusion de su libro, el mas audaz que se ha compuesto contra JESUCRISTO.

«Debe imponerse silencio á la reflexion que se inquieta (con lo expuesto) mientras no pueda mostrar verdaderamente á una persona que tenga valor y derecho para colocarse con respecto á la Religion, al lado de Jesus.—El Cristo no puede ser seguido por nadie que le aventaje, ni aun que pueda llegar despues de él y por él al mismo grado absoluto de la vida religiosa. Jamas en tiempo alguno será posible elevarse sobre él, ni concebir un legislador que sea ni aun igual suyo (3)»

Nada hay que añadir ni quitar á tales confesiones. Queda cerrada la discusion sobre este capítulo.—Carácter absoluto de perfeccion en JESUCRISTO.

(1) Tomo IV, p. 42.

(2) Periódico *El Tiempo* del 7 de Julio de 1863.

(3) Strauss, *VIDA DE JESUS*, traduccion de M. de Littré, tit. II, página 769, 770, 773.



ro; consecuencia decisiva de su divinidad; y sentado y deducido esto por la incredulidad misma, solo nos resta, pues, que tomar acta de la conclusion:

JESUCRISTO ES DIOS.

## CAPITULO X.

# LA PERSONA DE JESUCRISTO.

(CONTINUACION.)

Sin duda habrán quedado edificados aquellos de mis lectores que no han leído la *Vida de Jesus* de M. Renan, al leer los pasajes tan glorificados de JESUCRISTO que hemos citado en el capítulo precedente. Si solo se atendiera á estos pasajes entresacados del libro de M. Renan, llenaría este uno de los fines que le atribuye M. Scherer, "el de edificar al mundo, escandalizando á la Iglesia."—"Libro, añade, atrevido y religioso, severo y simpático, que engrandece á Jesus, mostrándole en su pura humanidad, que dirigiéndose á una generacion extragada, se propone despertar en ella el entusiasmo por la belleza moral; que ha sabido arrancar lágrimas de los ojos áridos de nuestros contemporáneos (y yo he sido testigo de ello) por la suerte del justo oprimido, por el heroísmo del virginal profeta (1)"

Fácilmente se me creerá al decir que no tengo empeño en negar á M. Renan algo de este mérito. Lo que he dicho á favor suyo sobre este particular, antes de aquellas citas, lo he dicho ingenuamente y bajo la impresion de los pasajes que tomé aislados en el extracto que anticipadamente hice de ellos.

¡Pues bien! me arrepiento de lo dicho y retracto mis palabras. Cuando he vuelto á leer en el libro de M. Renan y en su lugar debido aquellos elogios, me han indignado. No hay, en efecto, uno que no envuelva alguna blasfemia, y que no tenga evidentemente por objeto hacerla pasar encubierta de este modo. Y blasfemia no solo á la divinidad de JESUCRISTO, sino á esa humanidad misma que ensalza, y á la conciencia humana á quien adulan en su héroe.

Hé aquí la primera apreciacion que hice de ellos; es indudable que M. Renan ha querido, con el resplandor y espejeo de este Jesus heróico, fascinar la religiosidad del lector frívolo, y ganarse su credulidad para que aceptara los otros Jesucristos.

Antes y despues de estos saludos y de estos ósculos al SALVADOR DEL MUNDO, se le abofetea y escupe. El lector especial á que ha atendido M. Renan y á cuya secillez ha adoptado su libro, no bien queda escandalizado con el ultraje, cuando queda edificado con la genuflexion, y así es como de

(1) *El Tiempo* (periódico) del 7 de Julio de 1863.

uno en otra se hace pasar la *Vida de Jesus*; "edificase al mundo, escandalizando á la Iglesia, se es atrevido y religioso, severo y simpático, se arranca lágrimas por la suerte del justo oprimido de los ojos áridos de nuestros contemporáneos (y de ello es testigo M. Scherer.)"

Yo tambien he sido testigo de las lágrimas derramadas al leer este libro por la suerte del justo ultrajado. Yo he recogido estas lágrimas de un ángel de veinte años, cuyo gusto depurado por la santidad, bien vale tanto como el de nuestros críticos; y yo las reservo para el final de este trabajo, como un bálsamo de expiacion y de consuelo supremo.

Por lo demás, los lectores prácticos que conocen lo verdadero, inseparable siempre de lo bello y de lo puro, habrán reconocido en solo el estilo de M. Renan, por seductor que sea en estos pasajes, un falso brillo, que comparado con la claridad celeste del Evangelio, es lo que la luz eléctrica á los rayos del sol. No es aquel brillo de que dice tan perfectamente Platon: "No es la blancura mas verdadera ó real y mas hermosa la que contiene mas blanco, por lo comun con mezcla, sino la que es blancura mas pura, es decir, que contiene menos elementos extraños;" sino que el brillo del estilo de M. Renan, es aquella luz violenta, excesiva y equívoca, en la que se ha dicho que se trasfigura á veces el ángel de las tinieblas.

M. Renan ha procedido como en los espectáculos de fantasmagoría. Ha suprimido todas las luces del dia, las luces de la historia y de la conciencia, y solo al resplandor fosforescente de la adivinacion y de la conjetura, al vislumbre siniestro de la blasfemia y de la inmoralidad, y prohibiendo acercarse y discutir, es como ha hecho aparecer sus Jesucristos; el Jesus histórico de una manera general, como acabamos de ver; despues y sucesivamente, el Jesus idílico, el Jesus político y el Jesus frenético, los cuales vamos á examinar.

Pedimos nos perdonen la conciencia y la razon de nuestros lectores, por la dolorosa necesidad en que nos vemos de tener que exponerles todos estos indignos improprios y locuras.

### I.

Comencemos por el Jesus idílico.

En primer lugar, M. Renan, á imitacion de Strauss, afecta cercenar el nombre del SALVADOR. Nunca le llama mas que Jesus, suprimiendo el gran nombre de CRISTO, sinónimo de *Mesías*, característico de Rey, de Señor y de Pontíce, que se halla escrito en cada página de ambos Testamentos, con el que se anunciaba y era confesado Jesus como Hijo de Dios vivo, nombre que trazó primeramente la pluma poco ejercitada en escribirlo de Tácito y de Suetonio, y que ha llegado á ser y ha permanecido siendo el nombre patronímico del mundo civilizado, del mundo *Cristiano*.—M. Renan le quita, pues, la consagracion.

En cuanto al nombre mismo de Jesus, M. Renan cree deber suyo añadir, que "era un nombre muy comun; pero naturalmente, continúa, se bus-